

A los cien años de Fátima

Hace cien años, desde el 13 de mayo al 13 de octubre de 1917, la Santísima Virgen se apareció a tres pastorcitos en Fátima, y les comunicó un mensaje que en parte debían guardar secreto un cierto tiempo, y en parte debían transmitir inmediatamente al mundo entero. El hecho fue conocido por todos, católicos y no católicos; pero entre los católicos no todos le han dado la misma importancia. Y entre aquellos mismos que le han prestado atención al mensaje de la Santísima Virgen, no todos atienden a los mismos aspectos. Por eso, a los cien años de Fátima, parece conveniente decir algunas palabras sobre la importancia de las apariciones de Fátima y sobre el contenido de su mensaje.

1º La importancia de las apariciones en general.

Hay buenos católicos con verdadera devoción a la Santísima Virgen que creen que no debe darse tanta importancia a las apariciones de la Virgen, y menos a los pretendidos mensajes que en ellas se habrían recibido. Y lo hacen por serios motivos doctrinales que no se puede dejar de considerar.

Ni Fátima –dicen éstos–, ni ninguna otra aparición, es realmente necesaria para la vida cristiana, porque lo necesario es la fe. «El justo vive de la fe», dice San Pablo (Rom. I 17), y ninguna de las apariciones pertenece a la fe, porque la Revelación de todo lo que el cristiano debe creer se cerró con la muerte de San Juan, el último apóstol. Es verdad –reconocen– que los Papas han aprobado las apariciones de Fátima y muchas otras anteriores, pero la aprobación de Roma sólo dice que no hay nada contra la fe, y no obliga a creer. En la tremenda crisis de fe que sufre la Iglesia –observan con cierta razón–, muchos católicos se aferran a lo nuevo y extraordinario, y dejan de lado la fe y la doctrina de siempre, que siempre va a bastar para vivir cristiana y santamente. Hoy hay que aferrarse a la fe pura –concluyen– y no darle tanta importancia a devociones fuera de la Revelación, por reconocidas que estén.

En esta opinión no faltan aspectos verdaderos, pero no sólo choca con la fe sencilla de un cristiano, que se siente animado por estos amorosos cuidados de Nuestra Madre del cielo, sino que también es refutada por la mejor teología. Señalemos, como en principio muy general, que negarse a prestar atención a luces y gracias extraordinarias, y pretender guiarse por la pura doctrina de la fe, *va contra la fe*, que nos pide ser dóciles a la conducción del Espíritu Santo.

En efecto, la doctrina de la fe es el **marco** en el que debe desarrollarse toda nuestra vida; pero, sin las luces y gracias particulares y cotidianas de lo alto,

nunca llegaríamos al Cielo. Esto que decimos vale tanto para el cristiano individual como para la Iglesia en general.

***Individualmente**, si no estamos atentos a las inspiraciones de Dios, nunca terminaríamos de obrar como Dios quiere. Porque una cosa es saber que hay que amar al prójimo como Cristo nos amó –este es el marco de la fe–, y otra es saber cómo obrar con este prójimo en particular que, aquí y ahora, tengo delante, en circunstancias siempre tan complejas. Por algo nos dijo Nuestro Señor: «Yo estaré con vosotros todos los días hasta el fin del mundo» (Mt. 28 20). Y lo que decimos para las inspiraciones interiores vale para las luces y gracias más exteriores, como acontecimientos providenciales, y más aún para aquellos en que se hace patente la intervención del Cielo, que no suelen faltar en la vida de la mayoría de los cristianos.*

*Y si el Cielo se digna dirigir individualmente a cada alma con luces y gracias extraordinarias para que no se desvíe del buen camino, ¿descuidará hacerlo con **la Iglesia en general**? ¡No por cierto! Constantemente el Cielo ha enviado almas de santidad extraordinaria, permitiéndoles que brillen con la grandeza de sus virtudes heroicas y las maravillas de sus milagros, para que sirvan de ejemplo y de guía a la Iglesia en cada tiempo. Y por eso los Papas han tenido por uno de sus principales cuidados declarar, con todo el peso de su autoridad, cuáles son verdaderas vidas santas. ¿Y acaso los Santos estaban en la Revelación? Sí y no. Sus vidas están enmarcadas en la más pura fe, y confirman, con sus vidas y su glorificación, una gran verdad de fe: que quienes participan de la cruz de Cristo, participan también de su gloria.*

Pues bien, si la aparición de los Santos ha sido siempre tan importante en la vida cristiana, ¿lo será menos la de la misma Santísima Virgen y la de Nuestro Señor, siendo también reconocidas por la autoridad de los Papas?

2º La importancia de Fátima en particular.

Como buena Madre, la Santísima Virgen nunca se ha estado quieta en el Cielo, y constantemente se ha hecho presente entre sus hijos, y más todavía en los momentos de mayor necesidad. Ahora bien, la Iglesia ha ido entrando en momentos de cada vez mayor necesidad con el desatarse de la Revolución anticristiana, proceso que comienza con el mal llamado *Renacimiento*, que en realidad fue el renacimiento del poder de Satanás.

En los inicios de este proceso tenemos la tiernísima aparición de Nuestra Señora de Guadalupe (1531). Y en estos últimos tiempos, en que el poder de Satanás ha ido aumentando tanto, tenemos apariciones tan importantes como la de la Medalla Milagrosa (1830), La Salette (1846) y sobre todo Lourdes (1858). Pero Fátima, que ha tenido un *carácter universal* especial, parece ser como la coronación de todas estas intervenciones de la Virgen. Fátima tuvo inmediatamente una repercusión muy grande en el mundo entero; la preciosa imagen de la Virgen de Fátima recorrió en peregrinación casi todos los países del globo, despertando un movimiento de devoción nunca antes visto. Los mismos Papas se interesaron muy vivamente en este celestial acontecimiento. Fátima tuvo una especial *aprobación universal* por la Jerarquía y por el pueblo fiel. Y evidentemente ha sido la advertencia de la Virgen ante las *catástrofes universales* del siglo XX, la *auto-*

destrucción de los restos de Cristiandad con las dos Guerras Mundiales, y la autodestrucción de la misma Iglesia con el Concilio Vaticano II.

Téngase presente que la Virgen se aparece hacia el final de la Primera Guerra Mundial, anunciando a la vez la próxima paz y la amenaza de una guerra peor si el mundo no se convertía. Si ha habido guerras que respondan a lo que se anunció para el fin del mundo, ésas han sido las dos horribles Guerras Mundiales, y para peor, fueron guerras en las que se destruyeron entre sí mismas las naciones formadas al calor de la Iglesia, y que en su tiempo constituyeron la Cristiandad.

Y si fueron guerras autodestructivas, mayor autodestrucción sufrió la Iglesia con la guerra intestina que se desató entre la misma Jerarquía con el Concilio Vaticano II y todas las calamitosas reformas que lo siguieron. Fue el mismo Pablo VI quien se vio obligado a reconocer que la Iglesia había entrado, con el Concilio, en un proceso de autodestrucción. Y es evidente que este castigo estaba advertido en el terrible secreto del mensaje de Fátima, que tanto hizo sufrir y rezar por el Papa a los pastorcitos.

3º Lo común del mensaje de Fátima: la devoción al Corazón Inmaculado de María.

El mensaje de todas estas apariciones antimodernas o contrarrevolucionarias responde a la primera ley del Amor divino: cuanto más manifiestan los hombres su miseria, más manifiesta Dios su misericordia. Las palabras de la Virgen a la pequeña Lucía, angustiada porque la Señora tardaría en llevarla al Cielo para que difundiera su mensaje: «*Mi Inmaculado Corazón será tu refugio y el camino que te llevará a Dios*», son como un eco de aquellas tiernísimas a Juan Diego en el Tepeyac: «*¿No estoy yo aquí, que soy tu Madre? ¿No estás en mi regazo?*»

El *refugio y camino* para estos tiempos terribles, de manifestación del misterio de iniquidad, son los dos Corazones unidos: la devoción al Sagrado Corazón de Jesús y al Inmaculado Corazón de María. Esto es lo que el Cielo y los Papas han propuesto a los cristianos y a la Iglesia para su protección. Y es lo que formal y explícitamente se dice en el mensaje de Fátima.

4º Lo especial del mensaje de Fátima: la seriedad de los tiempos.

Pero el mensaje de Fátima tiene un carácter especial respecto de las demás apariciones: la Virgen nos advierte de la seriedad de los tiempos.

Seriedad: *ésta es la palabra que describe el tono del mensaje de Fátima. La palabra serio proviene por apócope de «severo», que tiene un matiz más negativo, y significa «muy verdadero, riguroso», con todo el rigor de la verdad. La Virgen se muestra amorosísima, sí, pero también seria. La Virgen no llora, como en La Salette, porque suaviza la pena con la confianza de su intervención; pero tampoco sonríe, en lo que se nota también la indignación por las ofensas a Dios. A esos tres niños verdaderamente inocentes les va a hablar de los pecadores, de cuánto se ofende a Dios, de los castigos que la humanidad se atrae con tantos pecados.*

*Todo lo que la hermosa Señora les dice y pide es serio y hasta severo. Son niños pequeños, y sin embargo les muestra el infierno, visión que los hubiera matado de terror si no estuviera Ella presente. Les habla de una niña que está en el purgatorio hasta el final de los tiempos. Les pide oraciones y sacrificios, y los alienta en una vida de oración y penitencia que, si no creyéramos que es Ella la que los guía, nos parecería aberrante para estos pequeños. Es más, les avisa que se los va a llevar pronto al Cielo, cosa que a ellos no les da pena, pero ¡cuánta pena les causa a sus padres! El mismo milagro de octubre con el que confirma su presencia es aterrador, y es evidentemente un recuerdo de lo que va a pasar en el **Dies Irae**, el día de la ira de Dios al final de los tiempos, cuando el sol se apague, caigan las estrellas y se tambalee el firmamento.*

El mensaje de Fátima es, sí, un mensaje de amor, pero a la vez es un mensaje de rigor, de severidad, de seriedad. *Después de la aparición, los pastorcitos de Fátima dejaron de jugar. DEJEMOS ENTONCES DE JUGAR.*

*Sí, tenemos que repetírnoslo en primer lugar nosotros **los sacerdotes**. La Virgen nos dijo: «Rezad y haced penitencia por los pecadores». La Fraternidad San Pío X recibió una gracia de preservación en este tiempo de prevaricación, y nosotros, sus sacerdotes, quizás no terminamos de tomarlo en serio.*

***Padres de familia**, quizás tampoco ustedes terminan de tomarse en serio la paternidad. Cuántos padres pierden el tiempo con internet, cuántas madres yendo de aquí para allá, cuando la educación de los hijos exige tanta dedicación. La Virgen dio una lección de cómo educar a los hijos. Su pedagogía con los pastorcitos, tan amorosa y por eso mismo tan exigente, no es una pedagogía extraordinaria para niños visionarios, sino un ejemplo para todos los padres y madres. Una mamá tiene que poder decirles a sus hijos: «No temas, mi corazón será tu refugio y el camino que te llevará a Dios». Si los padres tienen un amor generoso y providente con sus hijos, podrán ser exigentes con sus defectos de niños, educándolos para Dios, pues los tiempos no permiten otra cosa.*

***Queridos jóvenes**, no pueden perder el tiempo como tantos lo pierden, dejarse llevar por la curiosidad, decirse defensores de la Tradición mientras se toman una tercera y cuarta cerveza. **Queridas jovencitas**, ¡cuántas de ustedes están hechas unas cotorritas charlatanas por cuanto vía les ofrece el celular, pintaditas como papagallos y tentadas por las modas inmodestas, que son las que más abren camino al abismo que aterrorizó a los pastorcitos de Fátima! Jacinta sabía por la Virgen que estas modas estaban por llegar, y así, pequeña como era, advertía con palabras mucho más serias que las nuestras.*

DEJEMOS DE JUGAR. Los tiempos son muy serios; seamos más serios, pues el amor verdadero es serio. **Recemos**, recemos más; no dejemos ningún día de rezar el Rosario, y no faltemos a ninguna Misa a la que podamos asistir. Y **hagamos penitencia**, sobre todo la penitencia del deber de estado, que, cuando se la toma en serio, es constante y muy grande. Y vendrán ciertamente más calamidades, porque el mundo no sólo no se ha convertido, sino que ha seguido cada vez peor. Pero no temamos, pues tenemos el refugio del Inmaculado Corazón de María.